



Misión cumplida: Los niños refugiados en Ágreda

Sergio Campos Cacho

«Recuerdo muy bien los últimos meses de la guerra (de enero a finales de abril de 1945). Se produjeron repetidos bombardeos, y tuvimos que ir al sótano muy a menudo. [...] Una vez estuvimos en el oscuro sótano durante ocho días a la luz de las velas, cuando una enorme bomba cayó directamente frente a nuestra casa. La casa se tambaleó, oímos caer partes de ella y sufrí un ataque de miedo a gritos. Cuando todo terminó, llegamos a la vivienda del primer piso. No había ni ventanas ni puertas, tuvimos que quitar más de doscientos cubos de escombros, y los agujeros de las ventanas estaban pegados con papel. Los ladrones también habían robado la mayor parte de la ropa. También estuvimos en el sur de Moravia, donde vivía mi padre, para escapar del terror de las bombas. Allí tuvimos que huir de las bandas checas que se acercaban y de los rusos, ¡abandonándolo todo allí!»

Hubert Rogelböck, autor de las anteriores líneas, tenía entonces algo menos de cuatro años. Había nacido en agosto de 1941 en Viena. Sus padres eran originarios de los Sudetes, la región checoslovaca que albergaba una minoría alemana en las zonas de Bohemia, Moravia y Silesia, y que Hitler anexó a Alemania en otoño de 1938, poco después de haberse hecho con Austria. Viena sufrió más de cincuenta ataques aéreos aliados, en los que se lanzaron más de cien mil bombas. Hubo casi nueve mil muertos y más de seis mil edificios destruidos. En los últimos meses de la guerra, la capital austríaca fue tomada por las tropas del ejército rojo, con su casi medio millón de soldados, cuatrocientos tanques y siete mil piezas de artillería que bombardearon la ciudad. Las fotografías más conocidas de la toma de Viena son obra del conocido fotógrafo ruso Yevgueni Jaldéi, el mismo que retrató a los soldados rusos colocando la bandera soviética en el Reichstag de Berlín. Las estampas de Viena son devastadoras: escombros, tanques destruidos, soldados heridos, los cadáveres de una familia en los bancos de un parque: habían preferido suicidarse antes que caer en manos de los rusos.

No iba a ser fácil en la inmediata posguerra la vida de las ciudades del Reich, en las que el hambre y las enfermedades impusieron su señorío sobre los escombros. El padre de Hubert había muerto en el frente ruso a finales de 1943. La madre, Gisela,

tuvo que hacerse cargo en solitario de sus tres hijos con algunos trabajos esporádicos y una pequeña pensión. Era algo insuficiente para saciar el hambre de todos. En 1948, Hubert contaba con siete años y pesaba solamente 19 kilos. Cáritas se hizo cargo de él y lo envió a España para que se recuperara. Lo hizo en Ágreda, y con él llegaron otros niños refugiados de la guerra.

En diciembre de 1945, el Boletín Oficial del Estado publicaba el Decreto con el que se creaba la Delegación del Gobierno para la ayuda española a los niños extranjeros, firmado el 24 de noviembre anterior. El primer artículo explicaba su misión: [...] *hacer efectiva la hospitalidad ofrecida por el Gobierno español a las naciones extranjeras en favor de los niños gravemente afectados por la guerra, y con la específica misión de establecer y regir los servicios adecuados a tal fin [...]*» Adscrita al ministerio de la Gobernación, había de concertar con los gobiernos o instituciones extranjeras, mediante el ministerio de Asuntos Exteriores, la recepción de los niños y organizar la logística de su alojamiento y su manutención.

El seguimiento de todo lo que vino después, el intercambio de cartas y telegramas entre embajadas y ministerio, la organización de provisiones y transportes, la cooperación entre organismos de varios países y la efectiva ejecución del plan, está detallado por Christine Maisel-Schulz, en lo que a Austria se refiere, en su tesis *Kinderlandverschickungen österreichischer Kinder nach Spanien in den Mangeljahren nach dem Zweiten Weltkrieg* (Viena, la Universidad, 2010).

El gobierno franquista se había movido con rapidez. La primera noticia que tuvo de la posibilidad de acoger niños de la guerra la había recibido en octubre. Tras una conferencia de ministros de Educación de varios países europeos que tuvo lugar en Londres, el embajador español en el país informó de la situación de los niños y de la llamada de ayuda que había surgido en la conferencia. España se comprometió a recibir a cincuenta mil niños, y en las primeras conversaciones se habló de la recepción de diez mil niños austriacos. El número fue reducido a su natural condición por

parte de la UNRRA, la Administración de las Naciones Unidas para el Auxilio y la Rehabilitación o Administración de las Naciones Unidas para el Socorro y la Reconstrucción, el organismo encargado de la logística.

Tras la creación de la Delegación del Gobierno para la ayuda española a los niños extranjeros, se puso en marcha la maquinaria burocrática. España se había presentado como voluntaria con una gran rapidez, posiblemente con intenciones de agradar a los países aliados que habían ganado la guerra, pero los engranajes administrativos fueron excesivamente lentos. Los niños no llegaron a España hasta 1949. Además de la Delegación, los organismos involucrados fueron la Iglesia, Acción Católica, la Cruz Roja y organizaciones caritativas privadas.

Los primeros contactos que facilitaron la llegada de niños austriacos a Ágreda tuvieron lugar entre Acción Católica y Cáritas de Austria a finales de 1947. El primer transporte de niños hacia España, con casi quinientos en el convoy, llegó al país el 20 de febrero de 1949. Todos los convoyes llegaban a Pamplona, ciudad desde la que se desperdigaban hacia el resto de la Península: Santander, Málaga, Zaragoza, Tarazona, Logroño, San Sebastián... Las complicaciones logísticas fueron muchas: a las naturales de organizar tantos trenes y tantos pasajeros, así como a la selección de estos (se consideraba peligroso que llegaran de zonas tomadas por los comunistas), se añadía el hecho de que se cruzaban diversas fronteras hacia un país que las había cerrado al resto de Europa. Los trenes salían de Viena y llegaban a España unos dos días después. En general, viajaban niños de entre seis y doce años, y si entre ellos había hermanos, no tenían por qué quedarse necesariamente con la misma familia.

Hubert Rogelböck, Herbert Hein y Wolfgang Matzka fueron tres de los niños que salieron en el primer transporte de Viena el 19 de febrero de 1949. Tras pasar tres semanas en Pamplona aprendiendo los primeros rudimentos del español, viajaron en tren hasta Ágreda. La estancia iba a ser de menos de un año, pero en cualquier caso se convertiría en algo inolvidable. Aunque en ese año nevó en Ágreda en el mes de mayo, los muchachos iban a pasar allí la primavera y el verano, los meses en que el pueblo está en su máximo esplendor.

A ellos se unió una niña alemana, Ingrid Kirchner, que tras su experiencia en Ágreda se quedó en España y años después, viajó a Ecuador como misionera.

Sabemos de su vida cotidiana gracias a los recuerdos que escribió Hubert y a las cartas que conservaron las familias. Pendiente España de la ayuda norteamericana y de ser reconocida internacionalmente a través de la ONU, el paisaje castellano no difería mucho del que aparece en *Bienvenido Mr. Marshall*, la película de Luis García Berlanga de 1953. Ágreda contaba en 1950 con unos

tres mil seiscientos habitantes y cerca de ochocientos hogares¹. La recepción, por lo que recuerda Hubert, fue multitudinaria.

«Cuando nos bajamos en la estación, estaban presentes más del 80% de los habitantes [...], había mucho ruido. Nos saludaron, alguien



Padres de acogida de Ingrid, Everilda Abad y Esteban Sevillano, entre ellos su hija Carmen Sevillano Abad (01-05-1953), el día de su boda con Enrique Núñez Escalona.

nos tomó de la mano y caminamos desde la estación hasta la iglesia principal. Alguien habló a los asistentes (imagino que el alcalde) y luego hubo una Santa Misa».

Herbert Hein fue acogido por «los Carreros» (la familia Viamonte, Fernando Viamonte Arriazu casado con Trinidad Oria



El día que llegaron a Ágreda los niños austriacos Hubert Rogelböck, Herbert Hein y Wolfgang Matzka²

1. Instituto Nacional de Estadística. Cifras de población. <http://www.ine.es/intercensal/intercensal.do>.

2. Información de la foto facilitada por Manuel Ezequiel Abad Tudela. "Hubert fue a casa de mis abuelos (mi abuela posa su mano sobre su hombro); Herbert fue a casa de los Viamonte (la madre posa su mano encima de él) y Wolfgang fue a casa de Dña. Eugenia Escalona esposa de Enrique Nuñez Berdonces, (en la foto está a su lado Enrique Nuñez Escalona)". El sacerdote es D. Jesús García Martínez.



Familia de Hubert Rogelböck: Amparo Ruiz Ovejas, Juan Ignacio Tudela Ruiz, Mayfe Tudela Ruiz, Ezequiel Tudela Calvo y Pilar Tudela Ruiz



Información de la foto facilitada por Manuel Ezequiel Abad Tudela. "Hubert a la izquierda, a su lado mi tía Maife (María Felisa Tudela Ruiz), junto a Maife la desconozco, a continuación, Carmen Sevillano, a su lado mi madre (María del Pilar Tudela Ruiz) y desconozco a las dos de la derecha.

Domínguez), Wolfgang Matzka en la familia de Enrique Núñez Berdonces casado con Eugenia Escalona Cisneros. Hubert se quedó en casa de Ezequiel Tudela Calvo y su mujer Amparo junto a sus tres hijos, María Felisa (Mayfe), Pilar (Pilarín) y Juan.

«Me recibieron muy calurosamente, como a un hijo o a un hermano, y ese trato ha sido el que he recibido hasta hoy. Papá, un hombre muy bondadoso y cariñoso, tenía una librería y una papelería, con periódicos, mercería, pequeños electrodomésticos, etc. Era el único comercio de ese tipo en Ágreda. En esa época también tenía un cargo en el Ayuntamiento. Mamá era una mujer muy temperamental, pero muy sensible, que me quería mucho y también me mimaba en exceso. [...] Maife, en particular, me cuidó mucho y me iba con ella a todas partes».

Hubert escribió a su familia su primera carta desde Ágreda el 18 de marzo de 1949, en la que contaba cómo había sido el viaje desde Pamplona y cuáles eran sus primeras impresiones. En esos primeros días ya se había hecho con unos cuantos sellos para

regalárselos a su hermano y pedía que le enviaran el *Kleine Volk*, un periódico infantil publicado en Austria, para poder hacer los crucigramas. En esta carta la letra era cuidada y regular.

En las siguientes, todo lo contrario. Como le contaba Mayfe a la madre de Hubert en junio, en unas líneas al final de una carta, les costaba enormemente que se pusiera a escribir, y ni los castigos y las amenazas hacían mella en el muchacho. Quienes hemos vivido en nuestra infancia la libertad del verano agredaño, sus cielos luminosos y las posibilidades de aventura que ofrecen sus cerros, sus campos y sus arroyos, entendemos perfectamente el suplicio que puede suponer para un niño de ocho años la privación de unos minutos preciosos que le alejaban de los amigos para centrarse en la disciplina de las misivas familiares. Hubert recuerda algunas anécdotas curiosas, como el día que provocaron un cortocircuito que dejó sin luz el pueblo, o aquella vez que encontraron un puñal en una muralla del barrio moro.

Las cartas se suceden irregularmente, pero en todas ellas Hubert se refiere siempre a su salud. El 30 de junio habla de la excelente calidad del agua y recuerda las fiestas de la Virgen; el nueve de agosto le cuenta a su madre que ha estado en las vaquillas en Tudela, que él magnificaba hablando de una «corrida de toros»; y el 1 de septiembre enumera los regalos que ha recibido por su cumpleaños. Mayfe solía añadir algunas líneas dirigidas a la madre de Hubert comentando que todo iba muy bien. Si un año antes Hubert pesaba 19 kilos, estaba ahora en los 30.

«Al principio solo comía patatas, mis padres adoptivos estaban desesperados y se lo dijeron a mi madre, pero en Viena yo no estaba más que acostumbrado a esto. Pero con el tiempo todo me supo bien, ¡hasta el maravilloso cordero! Por supuesto, también fui a la escuela y me dio clases el maestro Don Arsenio. Todavía recuerdo que las divisiones se llevaban a cabo de forma completamente diferente. También me dio clases de español, aunque no hablaba alemán. Pronto lo entendí casi todo, pero cuando me enfadaba (desafortunadamente) maldecía en alemán y no traducían nada. Los tres austriacos estábamos especialmente orgullosos de que en la fiesta nacional -o quizá en el cumpleaños de Franco- se nos permitiera izar la bandera de España frente a todos los alumnos en el patio de la escuela y también pronunciar un discurso (que quizás hoy no compartiría)».

Aunque la fecha prevista para el regreso era en agosto, la situación consiguió alargarse hasta octubre. Hubert, que había llegado con una maleta de cartón, marchaba ahora con mucho más equipaje: ropa, sus regalos de cumpleaños, tela para el traje de su primera comunión, latas de conserva con comida española y chucherías para sus hermanos. Hubert regresó a Viena la mañana del 27 de octubre de 1949. Iba a recomenzar su vida en un país destruido

por la guerra, pero con las fuerzas recuperadas. Había perdido algo de su idioma materno en esos meses en España, aunque lo recuperaría pronto. Pudo terminar la escuela con buenas notas y tras cursar cursos de comercio se convirtió en vicepresidente de su distrito en Viena, y más tarde diputado del parlamento estatal como miembro del FPÖ (Freiheitliche Partei Österreichs).

Hubert ha mantenido siempre el contacto con su familia española durante todos estos años. Se felicitaban las fiestas y los cumpleaños, y hasta 1962 no pudo reunir el dinero suficiente para regresar a España. Lo hizo por sorpresa.

«Viajé en autostop. Pasé por Ginebra y Nîmes hasta Barcelona y después en tren hasta Tudela. Los últimos 50 kilómetros los hice de paquete en una moto Zündapp que pilotaba un antiguo miembro de la Legión Cóndor. Una vez me paró la Guardia Civil porque me vieron con una mochila (no era normal viajar así en España por entonces) y me agasajaron con vino y agua. Cuando llegué a las afueras de Ágreda, entré en el pueblo como si fuera la primera vez. Subí las escaleras de la casa de mis padres españoles. Papá abrió la puerta, no me reconoció en un primer momento, pero al pronunciar unas palabras en mal español, Mayfé chilló detrás de él: ¡Es Hubert!»

El agredaño adoptivo Hubert Rogelböck solía regresar cada cuatro años, en una de esas ocasiones vino con su hija, que tuvo el valor de correr el encierro en fiestas. Antes de que fallecieran Mayfe y Juan, Hubert visitó fuera de lo esperado a la familia; fue como si él supiera que tenía que despedirse de ellos. Quizá lo que demuestra la ligazón humana que propició aquella organización de ayuda para los niños refugiados



Hubbert (el más alto) y su hermano.



Hubert con sus nietos en Ágreda el día 4/05/2019.

de la guerra fuera el hecho de que, muchos años después, en 2011 y tras la muerte de Mayfe, doña María Felisa Tudela Ruiz, la escuela recogiera la retahíla doliente de sus hermanos: María Pilar, Juan y Hubert.

Los niños refugiados en España recobraron su salud en un país al que todavía le quedaba una década para comenzar a recuperarse económicamente. La España de 1949 era pobre y las secuelas de la guerra civil permanecían aún visibles, pero había conseguido evitar el desastre que hubiera supuesto participar también en la contienda europea.

Aunque las tasas de mortalidad infantil seguían siendo altas (en 1946 murieron casi setenta mil niños menores de cinco años, un 2,62 por mil de la población³), la situación en Austria y Alemania era mucho peor, ya que el hambre y las enfermedades se extendieron por todas las ciudades del antiguo Reich. Conviene no olvidar que los refugiados fueron acogidos por familias católicas de clase media y con una situación económica cuanto menos estable. La UNRRA cumplió, pues, con su misión. Fue imprescindible urdir una operación de semejante escala e involucrar a tantos países y a tantísimas organizaciones, y resultaría obsceno preguntarse por el sentido de los costes de todo ello. Se salvaron muchas vidas, y gracias a ello se consiguieron crear uniones fraternales entre familias de distintos países. Hoy en día permanece en Viena el Club

Encuentro (<http://www.club-encuentro.com>), una asociación formada por aquellos

niños que llegaron a España desde Austria una vez terminada la guerra. Siguen reuniéndose cada miércoles, y entre ellos está Hubert Rögelbock, a quien este artículo debe toda la información que en él se recoge.

3. Anuario estadístico de España. Madrid, 1948. <http://www.ine.es/inebaseweb/treeNavigation.do?tn=163298&tns=163937#163937>